

SEMANARIO

# PINTORESCO

ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.

ENCICLOPEDIA POPULAR.

DIRECTOR Y REDACTOR

D. Angel Fernandez de los Rios.



---

1853.

---

MADRID:

OFICINAS Y ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DEL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL Y DE LA ILUSTRACION,  
Á CARGO DE D. G. ALHAMBRA, JACOMETREZO, 26.

MCCCCLIII



# INDICE.

## TABLA DE ARTÍCULOS.

### ESPAÑA PINTORESCA Y MONUMENTAL.

Luna y sus castillos, por D. J. A., pág. 4.  
—Paso del río Ulla por San Juan de Cova, por D. Antonio Neira de Mosquera, 9.—El confin de Castilla y Alava, por D. Remigio Salomon, 28.—Monasterio de Nuestra Señora de Salas, 33.—El palacio de los Almirantes, por D. V. García Escobar, 43.—El ex-convento de San Francisco de Miranda de Ebro, por D. Remigio Salomon, 53.—Arnedillo, por D. Lorenzo Francisco de Moñiz, 61.—Vista del templo de San Gerónimo, 67.—San Francisco de Bilbao, por D. L. F. de Moñiz, 74.—El ex-monasterio de San Miguel del Monte, por D. Remigio Salomon, 103.—Patio y claustro de San Miguel del Monte, 109.—Santa María de Cosmedino, 115.—Estátua romana en Clunia, por Don Remigio Salomon, 124.—La sierra de Foz, 130.—La iglesia de los Templarios en Ceynos, por D. V. García Escobar, 133.—El castillo de Torrelabaton, por D. V. García Escobar, 210.—Cellorigo, por D. Remigio Salomon, 215.—El ex-convento de Valdescopezo, por D. V. García Escobar, 235.—Paseo por España, 258.—Sepulcro del Almirante Chafino, por D. Antonio Neira de Mosquera, 261 y 270.—El coro de San Francisco, por D. V. García Escobar, 280 y 284.—Monserate, por Don Jaime Fustaguera y Fuster, 289.—Antiguallas de Cadalso de los Vidrios, Guisando y Escalona, por D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, 297.—Antiguallas de Cadalso de los Vidrios, 308 y 313.—El solar de la gran casa de Córdoba, por Las Casas-Deza, 317.—El castillo de Priego, por Las Casas-Deza, 333.—Castillo de Andrade, por Vicetto, 369.—Rajadell, 373.—Arco de Toledo en Zaragoza, por D. J. A., 377.—La Peña de San Roman, 383.—Castillo de San Felipe, por Don B. Vicetto, 399.—La campana de Huesca, 304.—La estrella de campos, por D. V. García Escobar, 401.

### ANTIGÜEDADES.

Justicia mayor del rey, por D. Remigio Salomon, pág. 14.—Las calles y casas de Madrid, por D. R. de M. Romanos, 183, 194, 201, 215, 217, 226, 241, 251, 257, 265, 274, 281, 299, 306, 318, 321, 331, 337, 343, 354, 369, 378, 383 y 410.—Funcion naval y batalla de Tabasco, por Don José Ferrer de Couto, 203 y 209.—Los teatros de Madrid en 1801, 326.—Reglamento de la mancebia en Granada en 1539, 366.—Antiguas ordenanzas de Granada, 364.—Cómo sitiaron los infieles en Antioquia á los cristianos, etc., 372.—Persecuciones que los judíos han padecido en España, 409.

### BIOGRAFIAS.

D. Ramon Pignatelli, por D. Julio Alvarez y Aíde, pág. 5.—El abate Juan Andrés, 25.—D. Melchor de Macanaz, por D. A. Gil Sanz, 49.—Lucio Apuleyo, por D. L. M. Ramirez y las Casas-Deza, 74.—Safo, por Las Casas-Deza, 101.—D. Pedro Fernandez de Frias, por D. Remigio Salomon, 133.—D. Bartolomé José Gallardo, por Las Casas-Deza, 162 y 170.—La doctora Guzman y la Cerda, por D. Antonio Neira de Mosquera, 188.—Ernesto Federico Augusto de Rietschel, 208.—El doctor Azpilcueta, 245 y 249.—D. Fernando Matute y Acevedo, 315.—Salvador Rosa, 329.—D. Juan de Austria, 361.—D. Alvaro de Navia y Ossorio, marqués de Santa Cruz de Marcenado, por Don Joaquin de Maldonado y Macanaz, 403.

### HISTORIA.

Historia, año de 1539.

### CIENCIAS.

Astronomía, pág. 260.

### VIAJES.

Palacio de la Minería en Méjico, pág. 14.—Los Guajiros, 16.—Nuestra Señora de Paris, 23.—La catedral de Méjico, 41.—Un incendio en el mar, 46.—Teatro principal de Méjico, 61.—Bosque de Bidad, 63.—Las gentes de medio pelo y los esclavos en el Perú, 81.—La capilla de San Severo en Nápoles, 89.—Los nuevos pasaportes en Francia, por D. J. M. Villergas, 111.—Los Yolofs, 116.—Raftatt, 143.—Catedral de Augsburgo, 161.—Palacio de Justicia en Paris, 169.—El parque de Muskau, 172.—Torre chinesca en el parque de Muskau, 173.—Iglesia de San Sulpicio, 193.—Eckensund, 197.—El puente nuevo en Paris, 209.—Paisaje indio, 217.—Geografía universal, 220, 229, 237 y 245.—El palacio de las Tullerías, 225.—El palacio de Borbon, 235.—Palacio de la Bolsa en Paris, 241.—Puerta y arrabal de San Dionisio, 249.—Plaza de la Concordia en Paris, 257.—Palacio de Luxemburgo, 275.—Salon de los pasos perdidos del palacio de Justicia, 321.—Plaza del Vaticano, 389.—Monumento guerrero de Scheverin, 409.

### BELLAS ARTES.

La Concepcion, pág. 8.—El descendimiento de la Cruz, 9.—El canceller de L'Hopital, 17.—Palacio de recreo, 36.—Nuestra Señora de Tourviere, 37.—Grandville y su última obra, 160.—Los artistas, por D. A. Bonnat, 291.

### EDUCACION.

Lecciones históricas para uso de la juventud, por D. Eugenio de Tapia, pág. 121.—Palabras de una madre á su hija, 252.—Educacion, por D. M. J. Pascual, 268.

### LITERATURA.

Historia del Semanario, por D. Antonio Arnao, pág. 1.—Figaro al director del Español, 3.—Teatro antiguo español, por D. R. de Mesonero Romanos, 41 y 58.—Teatro de Diamante, por D. R. de Mesonero Romanos, 58.—Teatro de La Hoz, por D. R. Mesonero Romanos, 63.—Teatro de Solis, por D. R. de M. Romanos, 75.—Teatro de Candamo, por D. R. de M. Romanos, 82.—Comunicado, por el señor Breton de los Herreros, 88.—Teatro español del siglo XVII, por D. R. de M. Romanos, 89, 97 y 106.—Teatro antiguo español, 114.—Bibliografía, por D. Antonio Neira de Mosquera, 143.—Carta á D. Aureliano Fernandez-Guerra, por D. Agustin Duran, 161.—Teatro antiguo español, por D. Adolfo de Castro, 164.—Poesias inéditas de Luis Hurtado, por D. Antonio Neira de Mosquera, 221, 230, 233 y 247.—De Góngora y Argote, 240.—Necesidad de una biblioteca general española, 412.

### CUENTOS Y NOVELAS.

Cartas sentimentales á Pólux, por Castor, pág. 11, 67, 102 y 124.—Los dos años, por D. Antonio Arnao, 12.—La capa roja, cuento nocturno, por D. J. R. Figueroa, 18.—El espejo de la verdad, cuento fantástico, por D. Vicente Barrantes, 20, 37, 35 y 67.—Rosalia, novela, por D. Florencio Moreno y Godino, 35, 46, 50, 61 y 73.—Francisco Pizarro y Cristóbal Colon, novela, 78, 84, 92 y 100.—Alma por alma, cuento, por D. A. Gil Sanz, 86.—La mascarada, novela, por D. José de Castro y Serrano, 116 y 123.—Mas largo es el tiempo que la fortuna, por Fernan Caballero, 150, 156 y 167.—El último, —A Diana, por D. Adolfo de Castro,

197.—Angelo, novela, por D. Aureliano Valdés, 215, 225, 251 y 259.—Yo, ella y nosotros, novela, por D. A. Bonnat, 227, 237 y 246.—La silla del marqués, novela, por D. F. Moreno y Godino, 253, 262, 269, 277, 283, 292, 302 y 310.—La madre del marinero, 276.—Juan el jinete, cuento, 283.—La venganza de los hombres por la justicia de Dios, episodio histórico, por D. Ramon Ortega y Frias, 325.—Los indianos, novela, por D. Antonio Trueba, 334, 343, 349, 358 y 362.—El cambio de las edades, cuento, 345 y 347.—Por no saber nadar, historia de unos amores, por D. A. Bonnat, 375.—El mundo nuevo, por D. F. Navarro Villoslada, 380, 387, 394.—Mi amigo Pepe, por D. Luis Eguilaz, 382, 390 y 395.—Las ánimas, cuento, por Fernan Caballero, 398 y 406.

### USOS PROVINCIALES.

Habitantes de las cercanías de Panticosa, por D. A. de Larroche, pág. 3.—Turbaciones de Juan Lanas, por D. J. Jimenez Serrano, 27.—Un viaje al Puerto de Santa María, por D. Francisco Flores Arenas, 70.—Epistola ultramarina de un apóstol de la templanza, por D. J. Jimenez Serrano, 94.—Costumbres de Castilla, por D. V. García Escobar, 109.—Un drama en el teatro del Baion de Cádiz, por D. Francisco Flores Arenas, 199.—La mujer del pueblo andaluz, por D. A. de Belmar, 304.

### COSTUMBRES.

Las tiendas, por D. Rafael García y Santisteban, pág. 135.—El salon de diligencias, por D. Juan de Ariza, 196.—Una mudanza, por D. Rafael García Santisteban, 254.—Las ferias de Madrid, por D. M. O. Pinedo, 325.—La polka, por D. Rafael García y Santisteban, 340.—Los cafés, por D. Rafael García y Santisteban, 405 y 414.

### POESIAS.

El Diablo Mundo, por D. Miguel de los Santos, pág. 6, 14, 25, 30, 38 y 55.—Quevedo, romance, por D. José Gonzalez de Tejada, 47.—La desvergüenza, por D. Manuel Breton de los Herreros, 48.—El poeta y la mujer, por D. A. García Gutierrez, 65.—A la memoria del Excmo. señor D. Nicolás Azara, oda, por D. Eugenio de Tapia, 71.—A Radetzki, por D. Juan Nicasio Gallego, 80.—El padre y sus dos hijos, apólogo, por Don Juan Nicasio Gallego, 80.—El amor vestido á la moda, romance, por D. F. Flores Arenas, 87.—Romance, por D. José Gonzalez de Tejada, 87.—Epitafio, por el señor Zea, 88.—A Zelinda, romance, por D. Bartolomé José Gallardo, 95.—Cancion morisca, por D. José Zorrilla, 105.—Serenata morisca, por D. José Zorrilla, 112.—Epistola á Doña Maria de Alva, por D. B. J. Gallardo, 103.—Egloga urbana, por D. Joaquin José Cervino, 128.—Letrilla, por D. Adolfo de Castro, 128.—Los celos, 128.—El espíritu y la materia, por D. José Maria de Larrea, 131.—A una golondrina, por D. Antonio Cánovas del Castillo, 139.—Antes, ahora, después, por D. Antonio Arnao, 139.—Soneto, por D. José Gonzalez de Tejada, 139.—La nada, poema, por Don José Selgas, 167.—La vuelta al hogar, por D. Eduardo Gasset, 173.—La primera verbena, por D. Antonio de Trueba, 191.—Besos á Cupido, por D. Adolfo de Castro, 192.—Cancion, por D. J. H. García de Quevedo, 200.—El viajante y el mesonero, por D. Eugenio de Tapia, 200.—Sátira contra los estafadores, por D. J. M. Villergas, timo remedio, por D. Eduardo Gasset, 190.



216.—Soneto, 216.—A la señorita Doña Dolores Villavicencio, por D. Juan José Bueno, 224.—A la memoria del marqués de Valdegamas, por Francisco Rodríguez Zapata, 224.—Este es el mundo, por D. Eduardo Gasset, 224.—De Madrid al cielo, por Don F. J. Orllana, 232.—Epitafios al conde de Villamediana, 240.—Madrigal, por D. Luis Fernandez-Guerra y Orbe, 240.—Pobre Madrid, por D. José González de Tejada, 236.—Al sol poniente, por D. J. Heriberto García de Quevedo, 264.—Al sol, oda, por Don José González de Tejada, 272.—El rey sabio, fábula, 272.—La velada de San Juan, por D. Eduardo Gasset, 280.—Al mar, por D. Adolfo de Castro, 288.—El espejo de la

verdad, fábula, 288.—Canciones populares, por D. Eugenio de Tapia, 296.—Los confites de Cupido, 312.—Ferias de Madrid, por Don José González de Tejada, 320.—Un fantasma, por D. Juan Martínez Villergas, 328.—Soneto, por D. A. Cánovas del Castillo, 336.—El joven y la palmera, fábula, 336.—En sus días, por D. E. G., 344.—El día de difuntos, por D. José González de Tejada, 331.—El niño en alto. El águila y el caracol. El astrólogo y el mendigo, fábulas, por D. J. E. Hartzenbusch, 332.—En el album de Milady C..., por D. Vicente Barrantes, 360.—La partida de Colon, por D. Eduardo Gasset, 368.—Letrilla, por D. Victoriano Martínez Muller, 376.—Un amigo íntimo,

por D. J. Martínez Villergas, 383, 391, 399 y 406.—Dos santos y un rey, por D. Vicente Barrantes, 415.—Lo que yo quiero, por Don Gabriel de la Concepcion Valdés, 416.—La duda, por D. Fernando Garrido, 416.

#### VARIEDADES.

Nombres raros de algunas academias, página 64.—Cumplimiento de una promesa de Mr. de Turena, 96.—Certificación ó fé de muerto, 120.—La campana submarina, 176.—Signos del Zodiaco, 229.—Caligorante, 323.—El Muérdago, 368.—Carácter, 373.—Solucion de un jeroglífico, 416.—Anécdotas, 88.

## TABLA DE GRABADOS.

#### ESPAÑA PINTORESCA Y MONUMENTAL.

Castillo de Obano en Luna, pág. 4.—Paso del río Ulla por San Juan de Cova, 11.—Antigua colegiata de Sar, 19.—Pirámide que marca el confin de Castilla y Alava, 29.—Monasterio de Nuestra Señora de Salas, 33.—Portada del palacio de los Almirantes, 44.—Escalera del púlpito de la catedral de Barcelona, 49.—El ex-convento de San Francisco de Miranda de Ebro, 53.—Vista del templo de San Gerónimo, 68.—San Francisco de Bilbao, 73.—El ex-monasterio de San Miguel del Monte, 105.—Sepulcro del señor Ayala y de su mujer en el ex-monasterio de San Miguel del Monte, 108.—Santa María de Cosmedino, 113.—Estátua romana en Clunia, 124.—La iglesia de los Templarios en Ceynos, 135.—Vista de Santiago de Medina de Rioseco, 163.—Interior del patio del antiguo Alcázar de Madrid, 183.—Patio de la casa de San Vicente, 201.—Castillo de Torrelabaton, 205.—Cellorigo, 212.—Casas de Lasso de Castilla, 215.—El ex-convento de Valdescopezo, 255.—Sepulcro del Almirante Chafino, 261.—La antigua Plaza Mayor de Madrid, 265.—La calle de Atocha en el siglo XVI, 281.—Palacio de los señores duques de Frias en Cadalso, 297.—Palacio del condestable D. Alvaro de Luna, hoy de los duques de Frias, en Escalona, 313.—Fachada de la casa del Gran Capitan, 317.—El castillo de Priego, 333.—Vista general del Retiro á fines del siglo XVII, 361.—Castillo de Andrade, 369.—Estátuas que existieron en la capilla de San Gerónimo de Ma-

drid, 372 y 373.—Arco de Toledo en Zaragoza, 377.—Vista de la Puerta del Sol á fines del siglo XVII, 379.—Sillones de coro de la catedral de Barcelona, 380 y 381.—La Peña de San Roman, 383.—Ermita de San Francisco cerca de Vergara, 392.—Castillo de San Felipe (Ferrol), 393.—La estrella de Campos, 401.

#### VISTAS.

Palacio de la Minería en Méjico, 15.—Nuestra Señora de París, 25.—La catedral de Méjico, 41.—Palacio de recreo, 56.—Nuestra Señora de Tourvière, 57.—Los baños de Arnedillo, 60.—Teatro principal de Méjico, 62.—Bosque de Blidah, 63.—La capilla de San Severo en Nápoles, 89.—Chozas de los negros en la Senegambia, 121.—Chozas de los negros en la Senegambia, 125.—Raftatt, 145.—La sierra de Foz, 148.—Una vista del Pirineo, 149.—Catedral de Augsburgo, 161.—Palacio de Justicia en París, 169.—Exterior del Alcázar de Madrid, 187.—Iglesia de San Sulpicio, 193.—Eckensund, 197.—Relieve de Riettschel, 208.—El puente nuevo en París, 209.—Paisaje indio, 217.—Puerta de Guadalajara, 219.—El palacio de las Tullerías, 225.—El palacio de Borbon, 233.—Palacio de la Bolsa en París, 241.—Puerta y arrabal de San Dionisio, 249.—Plaza de la Concordia en París, 257.—Marsella, 289.—Iglesia de la Magdalena, 305.—Salon de los pasos perdidos del palacio de Justicia, 321.—Casa de Salvador Rosa, 329.—El Cairo, 337.—Venecia, 343.—Palacio de Belle-rue en

Francia (Pirineos), 337.—Vista de Dalar (Pirineos), 365.—Vista del monumento guerrero de Scheverin, 409.

#### TIPOS Y ESCENAS POPULARES.

Habitantes de las cercanías de Panticosa, pág. 1.—Los montañeses de Aragon, 36.—Las gentes de medio pelo y los esclavos en el Perú, 81.—Los Yofofs, 116 y 117.

#### RETRATOS.

D. Ramon Pignatelli, pág. 5.—Lucio Apuleyo, 73.—Safo, 101.—D. Bartolomé José Gallardo, 165.—La doctora Guzman y la Cerda, 189.—El doctor Azpilcueta, 245.—Antonio Perez, 295.—La Magdalena, 305.—D. Juan de Austria, 362.—Kant, 372.

#### GRABADOS VARIOS.

La Concepcion, pág. 8.—El descendimiento de la Cruz, 9.—El canceller L'Hopital, 17.—Grabados del Diabolo Mundo, 24, 32 y 39.—Jeroglífico, por Villabrilie, 40.—Un incendio en el mar, 45.—Láminas de Francisco Pizarro y Cristóbal Colon, 79, 84, 92 y 101.—Autopsia del cerebro de un pescador de caña, 96.—Ociosidad de los caballos, gracias al vapor, 104.—La buena estrella, 160.—La campana submarina, 176.—El sol, 220.—Los cometas, 221.—Sistema planetario, 221.—La luna, 243.—Láminas de palabras de una madre á su hija, 252.—Lámina del folletin de Las Novedades, 312 y 332.—Caligorante envuelto en sus propias redes, 323.—Lámina perteneciente á Los tres Mosqueteros, 360.—Los huérfanos, 405.—Jeroglífico, 408.—El mensaje de amor, 415.



# SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.—ENCICLOPEDIA POPULAR.



Habitantes de las cercanías de Panticosa.

## HISTORIA DEL SEMANARIO.

No ya interés pasajero ni frívola curiosidad es el sentimiento que á través de tantos años y vicisitudes tantas, viene hoy á despertar en los amantes de las letras y de las artes la ilustre publicación que con el modesto título de SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL nació rica de aspiraciones en época ya lejana, cuando comenzaban á resplandecer los primeros felices albores de la regeneración literaria de nuestra pa-

tria. Aunque no fuera mas que por el sello de respeto que en ella han impreso los años trascurridos desde aquellos dias, hubiérase hecho acreedora á una admiración justa, á un cariño íntimo, á una marcada predilección de parte de cuantos ven en las obras literarias algo mas que vano pasatiempo, ó mejor dicho, que descubren en las creaciones del ingenio fecundos gérmenes de cultura y de civilización. No necesita sin embargo para lograr tal estima, no necesita de las solemnes prescripciones del tiempo. Monumento animado de la época, reflejo vivo de sus caracteres presentes, y pronóstico de sus futuras glorias,

2 DE ENERO DE 1855.



tiene para nosotros tan alta significación, que ningún espíritu observador puede ya separar su idea de la historia de nuestra restauración, como si entre ambas mediara algún lazo misterioso, como si la existencia de la una fuese parte integrante del aliento que vivifica la otra.

Diez y siete años de vida cuenta ya el SEMANARIO, y ya sabemos lo que significa este dilatado período tratándose de publicaciones literarias; mas aun en una sociedad como la nuestra, conmovida hondamente por encontradas y poderosas fuerzas, y que marcada con el sello de la transición, ve en su atmósfera sucederse unas á otras las ideas, como aves de paso que buscan benéficos climas donde permanecer. En semejante estado, diez y siete años simbolizan en literatura mucho mas que una generación en la vida del hombre. A esta edad, el SEMANARIO, que tuvo su infancia rica de esperanzas, y que como el hombre en su juventud, ha tenido que sufrir largos combates y penosas vicisitudes; á esta edad se encuentra en su mas completa virilidad, teniendo ante sí la risueña perspectiva de una larga vida, y favorecido de eficaces recursos con que contribuir por su parte á la general ilustración y á la mejora de la sociedad.

Bajo dos puntos de vista puede considerarse el SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL, el artístico y el literario: el material y el moral: á la vez se puede valorar como historia del arte de la imprenta y del grabado, y como esclarecido padron en que están inscritos los nombres de nuestras reputaciones científicas y literarias. En ambos conceptos merece una detenida observación; y por lo mismo, animados del interés que despiertan sus circunstancias, vamos á echar una ojeada sobre su vida desde la época de su fundación.

Preocupados en 1836 la mayor parte de los españoles con los honores sacudimientos políticos que se habian sucedido en la Península, y con la civil discordia que todo lo desolaba, las letras y las artes se hallaban en lastimosa situación, amenazadas del mas funesto olvido. Pero los poetas y los artistas, esa sociedad siempre nueva, encarnada en otra sociedad siempre caduca, y á la vez independiente de ella, no podían menos de vislumbrar al través de las nubes de humo de los combates, los claros reflejos de la brillante luz civilizadora que en no lejanos países resplandecía. Inglaterra y Francia, siempre á la cabeza de los adelantos, trabajaban á la sazón en difundir por todas partes los mas ricos conocimientos, revestidos de una forma sencilla y agradable que los insinuase insensiblemente en todos los espíritus, y que diese á la juventud un campo propio para lucir sin árduos trabajos sus conocimientos. La forma periodística se regeneraba notablemente, y las publicaciones literarias adquirían inmensa popularidad. Nuestros jóvenes literatos y artistas que presentaban aquella nueva existencia estaban animados del deseo del combate y de la gloria; pero encerrados, por decirlo así, en sus individualidades, necesitaban un centro común, un palenque donde luchar si habian de aspirar al renombre que extranjeros autores de su respectiva patria merecian. Un hombre de ingenio y de voluntad apareció felizmente para llenar estas aspiraciones; y pronto el SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL, creado y dirigido por el señor MESONERO ROMANOS, fué la liza á que acudió ansiosa del triunfo la entusiasta juventud de que tan larga copia ofrecia entonces nuestra patria.

En la ejecución de sus proyectos no desmintió este notable escritor lo que al frente del primer tomo del SEMANARIO ofrecia por vez primera á un público indiferente hasta allí á las glorias literarias. Este periódico, cuyas columnas abría generosamente á todo joven de mérito, artista ó literato, hizose como una biblioteca continua de los partos del ingenio. Fundado á semejanza del *Penny Magazine*, que tanta boga alcanzaba en Inglaterra, y del *Magasin Pittoresque*, publicado á su imitación en Francia en 1835, fué desde luego de tanto valer entre nosotros, como aquellos en el extranjero, relativamente al estado de atraso de la imprenta, y á las dificultades que hubo que vencer para acomodarse á formas hasta entonces desconocidas en España. A pesar de los modelos que imitaban, el SEMANARIO contó desde un principio con vida propia é independiente. Buen testimonio dan de ello los primeros volúmenes que bajo tan acertada dirección se publicaron, llenos de preciosos estudios literarios de todas las formas imaginables como enriquecieron sus modestas y gloriosas columnas. Y no fué este solo el mérito del naciente periódico. El grabado en madera, tan adelantado en el extranjero y totalmente desconocido en España, se introdujo y fomentó á su sombra con éxito extraordinario; y bien puede decirse que no contáramos hoy mas de un artista aventajado, si entonces no hubiera tenido tan poderosos estímulos para superar las dificultades que presentaba el estudio de un arte, en el cual tenían que avanzar sin maestros que los dirigiese, guiados solamente por la imaginación, y sostenidos por la voluntad.

Desde el año de 1836 hasta fines de 1842 dirigió el SEMANARIO el señor MESONERO, casi siempre con buena fortuna. Sin embargo, puede asegurarse que los tomos de 1836 y de 1841, ya por las muchas dificultades que en aquel hubo que vencer, ya porque durante la mayor parte de la publicación de éste viajaba el señor MESONERO lejos

de España, son muy inferiores á los cinco restantes, llenos de notables artículos y de grabados buenos para aquella época. Pero entre todos descuella como de mas importancia el de 1839, que abunda en variados estudios literarios y en excelentes dibujos, casi todos originales; y el cual señala el mas alto grado de perfección á que llegó este periódico bajo la acertada dirección de tan distinguido escritor.

Después de este variado período de siete años pasó el SEMANARIO á ser propiedad de D. GERVASIO GRONELLA, quien le tuvo y dirigió por espacio de otros dos. Menos acertado, ó mas negligente que su fundador, el nuevo director solo consiguió darle realce en lo mas accesorio, á saber, en la parte material, que mejoró bastante; pero en la artística, y sobre todo en la literaria, permaneció estacionario; lo cual entonces significó y marcó el principio de su decadencia, que á tan lastimoso extremo llegó en la época subsiguiente.

Con efecto, vendida la propiedad del SEMANARIO en fin de 1844 al editor señor Lalama, la dirección de tan importante periódico fué encomendada al señor VALLADARES y SAAVEDRA. De esta época nada de lisonjero puede citarse. La decadencia del SEMANARIO fué completa; y para evitarnos el disgusto de relatar amargas verdades, permita el lector que lo refiramos á la nota estampada en la última página del tomo correspondiente á 1845, pues que ella habla con triste y desconsoladora elocuencia de la honda postración y total descrédito en que tan respetables columnas habian caído. Su singular ingenuidad no da lugar á dudas acerca de la consideración que entonces merecian.

A pesar de la fatídica predicción de su último director, el SEMANARIO cobró nueva y vigorosa existencia en poder del señor Castelló, á cuya propiedad habia pasado á fines de 1845. Desde luego este inteligente grabador tuvo el acierto de encomendar su dirección al ilustrado escritor señor NAVARRO VILLOSLADA. En tan inteligentes manos, la agonizante publicación sacudió su letargo, se dirigió resueltamente á un público que poco antes la despreciaba, y á costa de desvelos y de sacrificios volvió á reconquistar su merecido puesto en la sociedad y en la biblioteca del literato. Sin embargo, en el corto espacio de seis meses que la dirigió el señor VILLOSLADA, no hizo todo lo que hubiera sabido hacer, imposibilitado tal vez con el cuidado simultáneo de cuatro publicaciones mas notables que á la sazón estaban encomendadas á su inteligencia.

Por último, en julio de 1846, habiendo sido adquirido por el señor D. Baltasar Gonzalez, rico propietario y comerciante de esta corte, el SEMANARIO, encomendado al señor FERNANDEZ DE LOS RIOS, comenzó una nueva marcha, en que ha seguido progresando hasta el presente, y cuya nueva faz apareció mas determinada desde que en 1847 se hizo además su propietario. Motivos que comprenderá bien el lector, no nos permiten consignar aquí la justa alabanza á que se ha hecho acreedor el señor FERNANDEZ DE LOS RIOS por la completa regeneración que ha obrado en el SEMANARIO, que en nuestra sincera opinión, como eco de la general, lo ha colocado no solamente sobre las mejores de sus pasadas épocas, sino á la altura de las publicaciones de esta clase que mas boga alcanzan en las naciones extranjeras. A decir las razones en que fundáramos nuestros elogios y los de todos los amantes verdaderos de la bella literatura, por su celosa y acertada dirección, no solo recomendáramos al lector el exámen de los siete tomos que lleva publicados, sino que probaríamos cómo el número de sus suscritores, doble casi desde un principio al de su mejor tiempo, manifiesta la estima que tan respetable publicación ha vuelto á merecer hace años de un público para quien habia muerto en el desden mas vergonzoso.

Pero dejando aparte esta relación de la faz material del SEMANARIO, de su existencia mas ó menos vigorosa en las diversas épocas, ya revueltas, ya indiferentes, ya propicias porque ha atravesado, ¿no tiene á nuestros ojos mas importancia, mas significación que casi todos los periódicos literarios que con distinto éxito han nacido, brillado y muerto durante la vida que cuenta? ¿Qué joven de talento y de esperanzas, qué sabio publicista, qué sensible poeta no ha escrito en él una página siquiera? ¿Cómo pues, atesorando el fruto de tantos y tan brillantes ingenios, no llamarlo historia literaria de nuestra generación, testimonio de nuestros adelantos artísticos, protesta victoriosa contra los extranjeros, tan malos apreciadores de nuestras glorias?

En él han resonado las suaves inspiraciones de la CORONADO, ZORILLA, CAMPOAMOR, DUQUE DE RIVAS; el arrebatado canto de la AVELLANEDA, BARALT, GARCÍA TASSARA, GALLEGO; la sublime ternura de GARCÍA GUTIERREZ; la clásica poesía de HARTZENBUSCH, ALCALÁ GALLIANO; la inimitable voz de BRETON y de VILLEGAS.

En sus páginas están guardados los admirables estudios del mismo HARTZENBUSCH, OCHOA, GARCÍA BLANCO, GAYANGOS, DURAN, CASTRO; los concienzudos artículos de TAPIA, VILLOSLADA, PASTOR DIAZ y CAÑETE. La musa festiva, al par que filosófica, de EL ESTUDIANTE, y de FRAY GERUNDIO, tan popular en España; la sabrosa erudición de EL SOLITARIO, cuyos trabajos parecen escritos en el siglo de oro de nuestra literatura; los aplaudidos cuadros de costumbres de EL CUERO-



so PARLANTE, chispeantes de gracia y de originalidad como los del *Eremita de la Chaussée d'Antin*, han embellecido multiplicadas veces las columnas de un periódico, ya por tantos títulos respetable á nuestros ojos.

En ellas, pues, como símbolo de esquisita ternura y dulcísima poesía, resuenan las cántigas del *Amor de los amores*, de la mas delicada de nuestras poetisas; como canto vigoroso y apasionado, el siempre fresco y lozano *Dos de Mayo*, del maestro de nuestros líricos; como tipo de encantadoras leyendas, brilla *La reina sin nombre*, creación del sabio de nuestros dramáticos; y finalmente como modelo de gracia y difícil facilidad, la festiva sátira de *El Agiotaje*, parto del fecundo ingenio del príncipe de nuestros poetas cómicos.

Pero en medio del sincero entusiasmo con que pasamos nuestros ojos por esa rica colección de ilustres nombres inscritos en el SEMANARIO, una amarga observación viene á herirnos el alma y á amortiguar la íntima alegría de nuestro corazón. ¿Cuántos ingenios, un tiempo esperanza de las letras y honra de la patria; cuántos ingenios que trabajaran esforzadamente en reedificar el vacilante edificio de nuestra literatura, no fueron arrebatados por la muerte? ¿Quién llenará de hoy mas el lamentable vacío que deja el gran LISTA, el clásico poeta, el maestro de dos generaciones? ¿Qué acento tronará arrebatado de inspiración donde el fascinador ESPRONCEDA apostrofaba al Sol, donde en mágica elegía lamentaba la muerte de *Elvira*, donde cantaba á *Teresa* con el suspiro del amor y el grito de la desesperación? ¿Quién nos hará reposar á la sombra de la orgullosa *Palma de América*, ó nos conducirá atónitos á orillas del *Niagara* á cantar al gigante de los ríos, después que la voz de HEREDIA se ha perdido en los abismos de la eternidad? ¿Y acaso los malogrados ENRIQUE GIL, QUIROGA, PLACIDO, SAINZ PARDO, DONCEL, no han dejado con su muerte lastimosas é inolvidables memorias?

Harto cruel seria esta triste verdad, si lisonjeras esperanzas no anunciaran á nuestra ilustre patria nuevos ingenios que llenen cuando menos tantos lastimosos vacíos como en ella quedaron con la pérdida de tantos otros. Una nueva generación de jóvenes ilustrados y ganosos de gloria, que como sus mayores han depositado sus creaciones y estampado su nombre en las páginas del SEMANARIO, se levanta rica de esperanzas á conquistar denodada el templo de la fama. Los nombres de CANOVAS DEL CASTILLO, ARIZA, TEJADO, CEA, HURTADO, CAZURNO, AGUILERA, TRUEBA, BARRANTES, CERVINO, EGUILAZ, SANZ, SCAREZ BRAVO, y otros muchos que ya han resonado con gloria en la prensa, en el teatro, en la tribuna, resplandecen ya con luz propia, y auguran para nuestras letras días lisonjeros de engrandecimiento y de dominio.

Y entre todos estos brilla espléndido el nombre popular de FERNAN CABALLERO, como un sol inesperado que baña en luz el cielo de la patria: ese nombre, secreto de un genio que encerrado en el misterio y en la poesía ha cantado *La Gaviota*, *Lágrimas*, *Clemencia*, y tantas otras celestiales creaciones como ha derramado en esta convulsa sociedad, para enjugar su llanto, alentarla con la esperanza, y mostrarle el camino de su fé y de su felicidad. ¿Quién no ha llorado, reído ó palpitado de emoción al escuchar sus angelicales palabras, ya suaves como el canto de la tórtola, ya imponentes como el ruido de la cascada?

Y aquí naturalmente se nos vienen á la imaginación reflexiones consoladoras acerca del estado de nuestra literatura nacional, no muy celebrada como tal vez debiera serlo.

Dícese por algunos que las letras castellanas han venido, por efecto de adversas circunstancias, á girar en una continuada imitación de las extranjeras, como pareciendo que el talento pátrio, debilitado ó exhausto, no alcanza ya á producir las altas creaciones que en otros siglos le conquistaron merecidos laureles.

Esto nos parece hijo de un exagerado optimismo hácia todo lo pasado, ya que no se diga nacido de un sentimiento escéptico hácia todo lo presente. Prescindiendo de que el hombre adelante de un modo incontestable, y de que fuera aventurado afirmar que la luz de la civilización, que tanto ha favorecido nuestra sociedad en la mayor parte de los conocimientos sujetos á su dominio, no ha sabido ilustrar y fecundar la imaginación, como matriz de las obras bellas del ingenio; prescindiendo de tan natural y enérgica consideración, podríamos citar á los que tan injusto parecer sostienen, mas de una vez producción gloriosa que ha inmortalizado nombres de nuestros días. Porque en efecto, ¿esto nos ha sugerido semejante recuerdo, ¿no tienen la mayor parte de los nombres escritos en las páginas del SEMANARIO títulos á una fama imperecedera, que no desearían si tornasen á la vida esclarecidos ingenios del siglo de oro por excelencia? ¿No aceptarían esos mismos colosos que veneramos con justicia el fuego celestial que anima al *Troador*, el soberano nomen de *El Zapatero* y el *Rey*, la eterna pasión de *Los Amantes de Teruel*? ¿Y al recordar estas monumentales concepciones, no se agolpan sin quererlos el lector á su imaginación otros muchos timbres de gloria semejantes á estos, con respecto á obras de

distintos géneros, de carácter diferente, que tantas veces ha aplaudido, y que repite maquinalmente de memoria?

Aun en la misma clase de trabajos destinados á enriquecer las columnas de los periódicos, no creemos que sea justo quejarse con tanto empeño del estado de nuestra actual literatura, habiéndose visto el inmenso número que se ha producido de ellos en las dos décadas que acaban de transcurrir. ¿Cuántos periódicos de todas las clases imaginables no han vivido mas ó menos entre nosotros, embellecidos con trabajos que no desdeñarían altas reputaciones? ¿Y acaso tiene que ceder en esto el SEMANARIO á algunas notables publicaciones que son tan estimadas en casi toda la Europa?

Muchas obras escogidas pudiéramos analizar en confirmación de nuestro último aserto; pero ni lo creemos necesario para que el lector convenga con nuestra opinión, ni los cortos límites de un artículo nos lo permiten. Recordaremos únicamente el estudio de la señorita CORONADO estableciendo un paralelo entre Santa Teresa y Safo. Dejando á un lado la mayor ó menor exactitud en sus aseveraciones, ¿hay nada mas bello, nada que revele mas fuerza de talento que concepcion tan atrevida? ¿Podrán citarse muchos artículos como este en los mejores periódicos del extranjero?

Aunque no hubiera sido mas que por el concepto que mereció del gran LISTA, que el señor FERRER DEL RIO cita en la vida de tan eminente maestro, el SEMANARIO valdria mucho á nuestra consideración.

Pero cortando aquí nuestras desaliñadas observaciones, preguntaremos al lector si reuniendo tales cualidades no puede considerarse el SEMANARIO como vivo monumento de nuestras presentes glorias, y como pronóstico de las venideras. No solamente así lo reconocerá, sino que nos parece que ya le llama pi'a del bautismo literario de nuestros ingenios, libro de vida de sus nombres, bandera á cuya sombra todos han combatido por la fama.

¿No son pues muy acreedoras á la estima de los amantes de nuestra ilustración las personas que con sus esfuerzos han reunido en un centro común los mas ilustres talentos de España?

ANTONIO ARNAO.

## HABITANTES DE LAS CERCANIAS DE PANTICOSA.

Figuraos un pequeño valle colocado en lo mas alto del Pirineo, un verdadero nido aislado y solitario, sin comunicación con las ciudades, apartado hasta de las mas pequeñas aldeas, sin camino que á él conduzca, jamás surcado por las ruedas de un carruaje, sin mas punto de contacto con el mundo que un angosto y áspero sendero apenas transitado; un pequeño valle rodeado de altísimas montañas de granito, inaccesibles las mas, desnudas en su mayor parte, cubiertas á trozos de praderas esmaltadas con flores diminutas de color azul, endidas por grandes torrentes de blanca espuma y coronadas de nieve perpetua, entre la cual se descubre alguna peña oscura, en cuya cima, cerca ya del cielo, se aspira la poesía hasta sentir oprimido el corazón; fijas en una pequeña Cuenca, cuyo fondo es una llanura dividida por mitad entre una pradera y un lago cristalino, espejo inmenso en el cual se mira el cielo con amor, y tendreis una idea del punto que ocupa el famoso manantial de Panticosa.

Hay en aquel asilo de paz y felicidad algo que renueva y rejuvenece la sangre en las venas, algo que da vigor al cuerpo, y el alma.

Todo allí es gigantesco, todo admirable: la naturaleza hace alarde en aquel parage de su magnificencia en cualquier ocasión que se la contemple.

¿Se acerca el día? El sol empieza á despuntar en una mañana despejada; el cielo se encuentra por oriente claro y azulado; nubes ligeras y vaporosas, rosadas y de color de fuego, se deslizan por el horizonte; el resto de la bóveda, oscuro aun, está tachonado de estrellas que no despiden mas que una luz blanquecina; las puntas de las montañas reciben oblicuamente una tinta plateada; la yerba brilla con el rocío; no se oye mas que el zumbido de las abejas que se columpian en el cáliz de las florecillas, y un rayo de sol viene al fin á acariciar los picos mas altos para descender hasta el pié de las sierras.

¿Acaba el día? El sol se pone entre negras y espesas nubes que tiñe con un ligero reflejo amoratado; las golondrinas y los pájaros grises de cola encarnada lanzan chirridos siniestros, anuncios de la tempestad, que se mezclan con las bellas é imponentes armonías del viento; la niebla oculta con su ligera gasa las peñas cenicientas que despuntan en las alturas sobre la nieve que las rodea, protegiéndolas de las miradas del hombre, como la nieve las tiene protegidas de su huella.

¿Es plena noche? Entonces los encantos de aquel paisaje se multiplican, porque lo que desentona aquel cuadro es la concurrencia que durante el verano acude al establecimiento de baños, única y pasage-



la conquista que el hombre ha podido hacer en aquel territorio salvaje; por la noche cesa todo movimiento, hasta el punto de que se creería aquel valle tan desierto como en el centro del invierno, y el que vela posee él solo á tales horas lo que por el día tiene que partir con los que van á buscar la vida en aquel raudal milagroso.

Para él es la luna con sus azulados reflejos, con su claridad misteriosa, que proyectando caprichosas sombras en las montañas, pone de relieve las peñas y las quebraduras; para él solo la bóveda azul, sembrada de estrellas de oro, y ese rumor melancólico ocasionado por mil ruidos diversos que se combinan en el campo en medio del silencio de la noche, para producir una dulcísima armonía: y como si no fuera bastante heredar así durante muchas horas la parte de todos los que descansan, la naturaleza tiene allí para el que vela nuevas creaciones; los pocos árboles que en medio de aquella vegetación estéril brotan de entre las peñas, toman la apariencia de fantasmas, el viento dice cosas más bellas que las que puedan expresar la poesía y la música juntas, las sombras de lo pasado toman cuerpo, los amores de otros tiempos reviven y vienen á poblar con él este territorio, del cual es rey hasta que la aurora pone término á la noche.

Pero no es una descripción lo que nos hemos propuesto escribir aquí, sino unas cuantas líneas que motiven la lámina que ofrecemos representando á unos habitantes de las cercanías de Panticosa; este grabado, notable por la verdad de los trajes, por el carácter de las figuras, por la naturalidad de las actitudes, es más notable aun por el sentimiento grave y tranquilo, por la vaga melancolía que el artista ha sabido imprimir al paisaje.

Me diréis acaso que es árido, que es triste el aspecto de esta comarca, de la cual el lápiz intenta en vano dar una idea exacta; pero más triste, más árido aun es la mitad del año, cuando la nieve la cubre con blanco sudario y los torrentes corren despeñados con doble caudal y doble estrépito, y mayor es entonces su magnificencia. Si preferís á las fuertes emociones que despierta en el alma un país montañoso, yermo y solitario, los pensamientos risueños que inspira una fértil llanura poblada y cultivada hasta un horizonte cuyos límites no se descubren; si os encanta más el brillo de un sol abrasador que las caricias de sus amortiguados rayos al través de la niebla de la tarde; si os seducen mil bujías, reproducidas en veinte espejos de un salón, más que ver en vuestro gabinete la pálida lámpara que vacila y se estingue; si tal es vuestra organización, no es extraño que no comprendáis los atractivos del valle feliz de que os he hablado un instante.

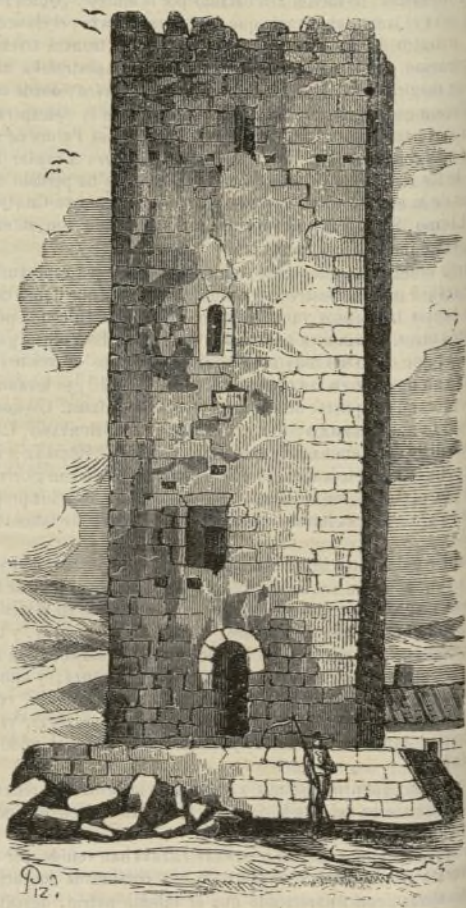
A. DE LAROCHE.

#### LUNA Y SUS CASTILLOS.

En la parte del alto Aragón, conocida con el nombre de Cinco-Villas, y á cuatro horas de la célebre Egea de los Caballeros, por la batalla memorable que en ella dió contra los infieles el rey D. Alonso I de Aragón en el año 1110, encuéntrase la de Luna, que no por dejar de contarse en el número de las cinco es menos considerable en la actualidad, ni menos ilustre en la pasado; así al menos lo atestiguan sus templos del siglo XII perfectamente caracterizados, tanto por su severa arquitectura gótica, como por el lábaro de Constantino que se halla esculpido sobre sus puertas: demuéstranlo igualmente los torreones y castillos medio derruidos que se hallan en ella y sus frágilas inmediaciones. Destruída esta población por las continuas guerras habidas entre cristianos y sarracenos, fué repoblada por el rey de Aragón D. Sancho Ramírez en 1091, quien deseoso de dar más ensanche á los estrechos límites de su reino y á fuer de conquistador, presentose al frente de Óbano, pequeño castillo distante un cuarto de legua de la villa, y el cual, abandonado por los moros, llegó D. Sancho, que tomando posesión de esta fortaleza, concedió desde ella á los de Luna varias prerogativas y privilegios, otorgándoles entre ellos el derecho de población é infanzonía (1). Conquistada al

(1) Dice el señor Malos en su *Diccionario* en lo que respecta á la parte histórica de esta villa, que en 1450 el rey D. Alonso concedió á esta población el referido privilegio: partiendo de este principio y aun suponiendo que dicha concesión fuese hecha por el D. Alonso que allí se cita, debería este ser el tercero de este nombre, llamado también el *Liberal*, muerto en 1291, en cuyo caso no debería haber sido la referida concesión en 1450, esto es, cerca de siglo y medio posterior á la muerte de aquel, porque más abajo dice el mismo *Diccionario*, que D. Pedro revocó la merced de condado en D. Lope de Luna. Este D. Pedro debe hacer referencia al cuarto apellidado el *Ceremonioso*: acordos nosotros en lo de la revocación, no lo estamos en lo que hace á la concesión del privilegio de infanzonía por D. Alonso, tanto porque se nos ha asegurado en dicha villa que lo fué por D. Sancho Ramírez, pues en su archivo se conserva el instrumento original, de cuya autenticidad no hay duda alguna, cuanto porque se nos resistiría creer lo hubiese sido por ningún Don Alonso, en atención á lo que acabamos de exponer: si lo hubiese sido por el rey Don Alonso III, estaría equivocada la fecha, como se ha dicho arriba; y si por D. Alonso V, no encontramos en la cronología de los reyes de Aragón ningún D. Pedro posterior á este.

propio tiempo la villa y el castillo de Villaverde, que se halla á una legua de esta; ya dueño D. Sancho de todos estos puntos, hizo donación de la villa de Luna con título de condado al esforzado caballero D. Bachalla ó Briocalla, como justa remuneración á los importantes servicios que le había prestado; este Bachalla tomó el apellido de Luna, quien lo legó á sus descendientes; y sus ramas, que tanto se extendieron y á tantas glorias y vicisitudes enlazaron su apellido, fueron de las más ilustres de España, hasta que últimamente fué revocada por D. Pedro la merced de condado en D. Lope de Luna. La actual población se encuentra en el descenso meridional de una pequeña colina á la margen derecha del humilde río Arba de Biel, que corre en dirección del S por las inmediaciones orientales de la villa: créese con algún fundamento que el pueblo en lo antiguo estaría situado en la planicie de la colina, por conservarse hoy día en ella un barrio llamado la Corona, en el cual existen dos antiquísimas iglesias, la una bajo la advocación de Santiago, consagrada en 1111 por el obispo Vicente, de la Iglesia Cesaraugustana, y es la matriz y primitiva parroquial, y la



(Castillo de Óbano en Luna.)

otra en las eras del pueblo, llamada San Gil de Media Villa, cuyo título hace suponer sería aquello el centro de la población. La primera se conserva hoy día en culto, venerándose en ella la imagen de Nuestro Señor Jesucristo, llamado de Zareco, y la segunda hace muchísimo tiempo que cayó en desuso por la inexorable mano de aquel y las diversas vicisitudes que ha sufrido; hoy se halla tapiada su entrada principal porque las inmundas caravanas de gitanos y otras gentes de mal vivir lo convertían en albergue de sí y sus caballerías, con notable desdoro y menoscabo de los misterios de la Iglesia Católica: en los costados de ambas iglesias se encuentran en el suelo y abiertas en la piedra varias sepulturas que no nos atrevemos á afirmar fuesen de árabes, porque es sabido que estos se enterraban en lo general con los pies hacia Oriente, circunstancia que no se observa en estas. A una legua de Luna y un cuarto de la misma se encuentran los dos castillos de Villaverde y Óbano: aquel imponente, aunque muy deteriorado, está constituido por un grueso torreón cuadrado, todo de piedra arenisca desde su cimiento hasta la cúspide; se eleva majestuoso en el centro de un valle, cual gigante centinela que con su desmesurada



a tura quisiera dominar los alrededores de aquella comarca; indudablemente debía servir este recinto de punto avanzado de los castillos de Luna, ocupados todos por los moros durante el tiempo de su dominación: conserva aun el castillo de Óbano, en fuerza de su mucha solidez, el mismo aspecto que en tiempo de su fundación, la cual deberá remontarse sin duda al siglo VIII ó IX; sus recortadas almenas sirven hoy de guarida á multitud de grajos que sin cesar revolotean alrededor de su cima; aquella enorme masa, que cuenta diez siglos por lo menos, parece desafiar al tiempo destructor. Otro día dedicaremos un artículo al Santuario de Nuestra Señora de Monlora, si lo consideramos oportuno.

J. A.

## FIGARO AL DIRECTOR DEL ESPAÑOL.

(PARA DESHACER VARIAS EQUIVOCACIONES) [1].

Señor director del *Español*: He leído detenidamente la contestación que á mi carta y á continuación de ella da V., y en el ínterin que por medio de un artículo que quedo preparando, dejo distintamente deslindada para lo sucesivo mi posición en el periódico que V. dirige, no puedo menos de apresurarme á deshacer hoy algunas equivocaciones que con respecto á mí ha padecido.

Prescindo de sus antecedentes políticos y de sus proyectos y doctrinas pertenecientes á la escuela social del siglo XIX. Esto no hace á mi propósito.

Pero dice V.:

«Acababa de aparecer en la escena política el señor Mendizabal, y juzgándole bajo la fé de su programa... tuvimos la *bonhomie* de darnos en tan balagüañas esperanzas, y de ser V. y yo, ¿quién lo creyera? ministeriales, el corto tiempo al menos que fué moda serio, etc., etc.»

Permitame V. que no deje pasar esa aserción. En el primer artículo mio que vió la luz en su periódico, el 5 de enero de este año, titulado *Figaro de vuelta*, después de haber espuesto brevemente las esperanzas que en el ministerio Mendizabal podía fundar el país por su buen principio, decía yo:

«Si en mi organización cupiera el ser alguna vez ministerial, se me había presentado una bonita ocasión; pero ya sabes que nunca pretendí ni obtuve nada de gobierno alguno, sistema en que pienso vivir por muchos años.»

Nunca fui ministerial: consecuente con este principio, en mi último folleto titulado *Dios nos asista*, después de haber criticado ampliamente á ese mismo ministerio Mendizabal, en época que empezaban á desvanecerse ya las esperanzas, y en que tomaba, en mi sentir, un camino equivocado, decía:

«Por tanto no es á él á quien critico, sino á los demás. De él hay que decir mucho bueno, pero también algo malo: nosotros con todo nos volvemos siempre extremos, y un hombre aquí ha de ser un Dios ó un pícaro. No hay medio. Precisamente Mendizabal no es ni lo uno, ni mucho menos lo otro.»

El único párrafo de su contestación donde me hallo contestado á mi pregunta algo mas claramente, es aquel en que dice que «esclavamente preocupado de la suerte del trono y la libertad, interin salimos de la crisis en que el país se halla, espera que no negaré á V. mi voto á favor de que hagamos treguas con todo el mundo y solo tengamos armas para defender la prerogativa real y los derechos de la nación»: y concluye V. declarando «que terminado el conflicto en que nos hallamos, y aplacada la irritación que agita los ánimos, podré habérmelas en su periódico con quien mejor me parezca, sin escepcion de tiempos ni de personas.»

Debo decir á V. en primer lugar, que siendo mi principio el de hacer constantemente la guerra á cuanto me parezca torcido, no tengo por qué esperar á que salgamos de crisis ninguna, ni hacer treguas con nadie; tanto mas cuanto que creo que hay crisis para rato, y que esa misma crisis entra en mi jurisdicción.

En cuanto al trono y la libertad, de que V. está preocupado, nada tengo que decirle: el primero existe de hecho; la segunda ni de hecho ni de derecho; y en cuanto á que solo tengamos armas para defender la prerogativa real y los derechos de la nación, declararé á V. que no siendo mis armas defensivas, mal puedo darle ese voto. A eso agrega-

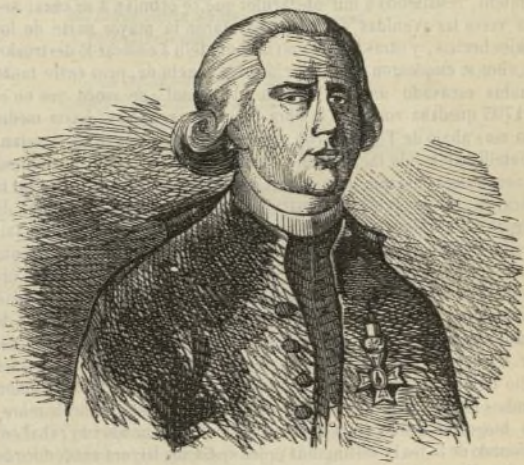
ré, que aun en caso de defender, no sería la prerogativa real lo que defendería: ¿qué sería, señor director, ver á un pobre barbero de Sevilla?... (1).

Concluyo pues diciendo á V., señor director del *Español*, que solo reduciendo á mí mismo la responsabilidad de mis pobres escritos, y no participando de la de los demás; solo no teniendo que escribir bajo inspiraciones ajenas, y no viéndome espuesto á que se alteren ó supriman mis artículos, puedo ahora y siempre seguir ocupando un nicho en su estenso periódico, favor que le ha de ser á V. tanto mas fácil concederme, cuanto mas insignificante es mi posición, y cuanto que creo que no harán nunca una revolución las humildes y barberías travesuras de su afectísimo

FÍGARO.

## D. RAMON PIGNATELLI.

El hombre de quien vamos á hablar es uno de los que mas han merecido el aprecio de los aragoneses, por el extraordinario celo con que trabajó toda su vida por el bien de sus semejantes, y por la prosperidad de su país, habiendo existido muy pocos mortales que puedan disputarle el distinguido lugar á que se ha hecho acreedor en la historia de los hombres útiles á la humanidad. D. Ramon Pignatelli, hijo de D. Antonio y de Doña María Francisca de Moncayo, nació en Zara-



(D. Ramon Pignatelli.)

goza el año 1754. Sus padres conocieron en él la afición estremada que tenía por el estudio, y procuraron darle una esmerada educación. Con este objeto, y después de haberlo instruido en todo lo que se requiere para poder cursar estudios mayores, lo enviaron al colegio Clementino de Roma, donde se dedicó con afán á la filosofía y á las ciencias exactas y naturales, además del derecho canónico que estudiaba, con el fin de seguir la carrera sacerdotal. A la edad de diez y nueve años le confirió Benedicto XIV un canonicato en la iglesia metropolitana de Zaragoza, y vino en seguida á tomar posesión de él. Desde esta edad hasta la de veintinueve años, se desarrollaron en él aquel genio fuerte, aquella grandeza de alma, y aquella firme constancia que tanto le caracterizaron, y que tan bien se dejaron ver cuando estuvo á su cargo la realización de una infinidad de proyectos grandiosos, que sin pavora determinó llevar á cabo.

En los cuatro años que rigió la universidad hizo en ella varias mejoras, estimuló á la juventud que concurría á sus aulas, y dió diferente giro á algunos métodos viciosos de enseñanza que hasta entonces se habían seguido. Pero cuando mas principio á conocerse el genio de Pignatelli fué á los treinta años de su edad, en el de 1764, en que le nombraron regidor de la casa de misericordia. Lo primero que

(1) Hace algunos años que en cada tomo del SEMANARIO damos á conocer uno á mas artículos del inolvidable Figaro: en este número aparece uno de los pocos escritos inéditos que de él nos quedan, y en el siguiente saldrán tambien á luz, por vez primera, algunas octavas desconocidas de Espronceda. El SEMANARIO de 1855 se inaugura pues recogiendo en sus páginas dos producciones de Larra y de Espronceda que el público no ha leído.

(4) Faltan algunas palabras en el manuscrito. (N. de la R.)



hizo al aceptar este cargo, fué ir á visitar la sobredicha casa: no halló en ella mas que miseria; el edificio en que moraban los pobres era muy reducido para contenerlos á todos, siendo además muy escasos los fondos que existían para atender á su subsistencia. Inmediatamente se dedicó á buscar varios arbitrios, ocurriéndole entre otros la construcción de una plaza que sirviera para las corridas de toros, y que intentó edificar á pesar de encontrarse sin caudales. A fines de junio de 1764 se echaron los cimientos de ella, y ya el 8 de setiembre del mismo año se verificó la primera corrida, con asombro de los zaragozanos, que la habían visto construir en menos de tres meses. No pararon aquí los trabajos de Pignatelli para poner en planta la casa de misericordia, sino que hizo también el plano de un magnífico edificio, que principió á fabricarse en 4 de enero de 1777, y que hoy admiran los zaragozanos. Estableció al mismo tiempo en él varios talleres de artes y oficios, en que se instruyen los pobres que abriga en su seno, mejorando de este modo la suerte de estos infelices que antes se vieron tan desatendidos. Al mismo tiempo que se ocupaba en la construcción de este hospicio, iba preparando Pignatelli los trabajos necesarios para llevar á cabo la grande obra del canal Imperial, del que había sido nombrado protector en 1772, con amplias facultades, concedidas por Carlos III, para regir los trabajos que se hicieran en él.

Hasta entonces ninguno había podido realizar la grande empresa de hacer de la acequia construida por Carlos V, un canal de navegación; se habían hecho dispendiosos gastos que ningún fruto habían producido, y ya todos desesperaban de poder dar cima á un proyecto que creían inasequible, cuando el genio atrevido de Pignatelli se propuso conseguir lo que tantos hombres no habían podido hacer. Principió por destruir los trabajos hechos por la compañía Bodin, que quedó estinguida, y dió principio á una presa en el Ebro, á tres cuartos de legua de Tudela. Aquí admiró á todos la constancia y laboriosidad de Pignatelli, resistiendo á mil obstáculos que se oponían á su obra; sesenta veces las avenidas del río desbarataron la mayor parte de los trabajos hechos, y otras tantas volvió Pignatelli á edificar lo destruido: doce años se emplearon para dejar la presa concluida, pero entre tanto se había escavado una gran parte del canal, de modo que en el año 1793 quedaba corriente la obra para la navegación, hasta media legua mas abajo de Torrero, con general asombro de cuantos lo veían. Pignatelli había sido tachado de visionario por lo colosal de la empresa que acometiera, así que para dar un solemne mentís á los que de tal le calificaran, no se olvidó de construir una fuente en el camino de Zaragoza á Casablanca, en la que colocó una inscripción que dice así: *Incredulorum convictioni et viatorum comodo*; para convencimiento de incrédulos y comodidad de los viajeros. Este año de 1795 fué el último de la vida de Pignatelli, quien sucumbió el 30 de junio, á la edad de cincuenta y nueve años, siendo su cuerpo sepultado en el panteón de los canónigos, en el santo templo metropolitano de Nuestra Señora del Pilar. Desde entonces se han adelantado muy poco los trabajos, y pasará mucho tiempo antes que se vea realizado el gran proyecto de la unión de ambos mares, si no aparece un genio como el del grande hombre, cuya biografía hemos trazado (1). Pignatelli fué nombrado caballero pensionado de la real y distinguida orden de Carlos III; era académico de la de San Fernando y sumiller de cortina de S. M. Su estatura era colosal, pues pasaba de seis pies; esto, unido á la severidad de su semblante, le daba un aspecto que en nada desdecía de la grandeza de su carácter. Mucho deben los aragoneses á este grande hombre, que hermoseó Zaragoza y sus cercanías con algunos edificios, cuyos planos trazó, como fueron el palacio arzobispal, el hospicio de misericordia y las elegantes casas de Torrero y de la Casablanca; los paseos frondosos que adornan el exterior de la ciudad, son también obra suya, y últimamente, Pignatelli enriqueció al Aragón, activó el comercio, protegió la agricultura, despertó en la juventud zaragozana el amor al estudio, socorrió de un modo extraordinario las necesidades del menesteroso, le dió un abrigo y le proporcionó los medios de subsistir decorosamente. Puede decirse que Zaragoza ha sido sumamente ingrata en no haber erigido una estatua ú otro monumento análogo á la memoria de este hombre, sin cuyo genio emprendedor, tal vez aquella no hubiera llegado á ser lo que es hoy día: la playa de Torrero ó el despartidero del molino de Cuéllar, cualquiera de ambos puntos nos parece el sitio mas oportuno en que el dicho monumento pudiera colocarse, si algun día se pensara en ello.

JULIO ÁLVAREZ Y ALDÉ.

(1) No sabemos si el actual gobierno de S. M. habrá pensado en la realización de este grandioso proyecto al hacer la concesión de canalizar el Ebro á la empresa Ponce; mucho nos felicitáramos de que así lo fuese.

## EL DIABLO MUNDO.

### CANTO SETIMO.

¿Dónde está aquella voz? ¿Dónde aquel canto?...  
¡Ay de mí! ¿Dónde están?... ¿Adónde han ido?  
Que ayer fueron encanto  
De mi fiel corazón y de mi oído,  
Y hoy acerba memoria,  
Que en mi abandono y mi dolor presente,  
Guarda la imagen para herir mi mente,  
De una pasada cariñosa historia!

¡Héme aquí solo! ¿Dónde, amigo mío,  
Adónde estás, que el alma de mi vida  
No encuentro ya, ni mi dolor impio  
En su orfandad encontrará un hermano?...  
¡Ay de mí triste, que te busco en vano,  
Estrella de mi amor oscurecida!

¿Quién te apagó?... ¿Cruel! ¿Y tan hermosa,  
No te vió con ternura?  
¿Y no le enamoró la misteriosa  
Luz que arrojabas de esperanza pura?

¡De esperanza! ¡Que amarga en mi tristeza  
La gloria que ese brillo prometía!  
¡Para mi amante y maternal ternura,  
Todo es ahora dolor! ¡todo! alma mía!

¡Dolor las esperanzas que nos dabas!  
¡Dolor los ricos frutos sazonados,  
Que entre esas esperanzas arrojabas,  
Ecos del alma en lágrimas bañados!

¡Todo es dolor! ¡todo es dolor! ni puedo  
Tus glorias recordar! ¡Mi pena es tanta!!!  
¡Tan grande el amor mío!!! ¡Al llanto cedo!  
Mi ahogada voz te llora, no te canta!

¿En el profundo abismo de mi pena  
Qué podrá ser sin ti, luz, ni alegría,  
De cuanto hermoso y esplendente llena  
La tierra triste, de tu amor vacía!

¿Adónde estás? ¿te acuerdas de esas horas  
Por nuestras almas en su amor pasadas?...  
¡Ay! ¡pobre amigo! que donde ahora moras,  
No tendrás un amigo en tus veladas!!!

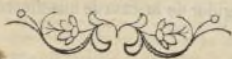
¡Ah! me ahogo en mi llanto!  
¡Amigo, hermano mío!  
¡Qué soledad cruel la de la tumba!  
¡No es verdad, pobre amigo abandonado!  
Que sientes sin abrigo ni cuidado,  
Ni compasión, la ingratitud del frío!...

¡Ah! yo quiero en mi seno  
Darte calor y besos, y abrazarte!  
¡Qué has hecho tú que eras hermoso y bueno,  
Para en tan duro desamor dejarte!

¡Quién quitó mi cariño de tu lado!  
¡Porque no estaba yo junto á tu lecho,  
Con mi amor, mi ternura y mi cuidado  
Contando los latidos de tu pecho!

¡Latidos de dolor! si ¡¡dolorosos!!!  
¡Pobre amigo! La muerte en un instante  
No mata sin dolor! ¿A quien, quejosos  
Esos ojos volviste  
Con la angustia mortal? ¿A quién tendiste  
Para el terrible ¡adios! la mano amante!...

Todavía el calor de aquel abrazo,  
¡Último que nos dimos en la vida!  
Duraba en tí, mi amor! y en mí duraba!...  
¡Ay! al llorar en amoroso lazo  
Los dos en nuestra tierna despedida,  
¡¡Qué lejos tan cruel dolor estaba!!!





Era una noche; aun suenan en mi oído  
Los acentos alegres de consuelo,  
De amistad, de esperanza,  
De juventud, de vida y confianza,  
Que llenaron de amor, el dolorido  
De nuestras almas, cariñoso duelo!

Yo aquella noche, en tu dormir penoso  
Te estuve contemplando,  
Mientras callaba el llanto en tu reposo,  
Hilo á hilo mis lágrimas llorando.

¡Era tan larga de tu amor mi ausencia!  
¡Tan incierta mi suerte!  
Que en medio de la loca indiferencia  
Que hasta otro mundo, por placer, me echaba,  
Arrepentido y sin vigor lloraba,  
Y de mi alma inquieta me quejaba  
Que por volar sin rumbo iba á perderte.

Yo estaba allí á tu lado  
Acariando á tu alma que dormía;  
Tu rostro por mil penas marchitado  
Sobre la almohada, de pesar, caía,  
Y en él el genio del dolor, sentado,  
Con misteriosa palidez lucía.

¡Qué triste compañero,  
Pero qué fiel es el dolor! ¡No deja  
Solo, jamás, al triste que acompaña!  
¡De su aurora solícito lucero!  
¡Estrella de su noche, que la baña  
Con luz que hasta en su sueño se refleja!

¡Tú, pobre amigo mío!  
Así dormías, de tu hermoso pecho,  
Guardada eterna, en su descanso impio,  
Un eterno pesar había hecho!

Tú que en perpetua guerra  
Y en tempestad de corazón vivías,  
Fluctuando como yo entre cielo y tierra,  
Conmigo en mis tormentas te envolvías.

Contigo las pasaba,  
Los dos en violento torbellino  
Envueltos, y en el caos,  
En horas que nuestra alma no contaba,  
Mareados buscábamos camino  
A nuestras tristes solitarias naos,  
Que el corazón ni el alma gobernaba.

¡Ven, yo te llamo, ven! ¡Cuán triste ahora,  
Por siempre solo en mis angustias remo!  
¡Qué débil soy, qué pobre el alma mía!  
¡Dentro de mí, infeliz, el miedo mora!  
¡Todo lo que antes arrostraba, temo!  
¡Sin tí me asusta hasta la luz del día!

¡Eres tú? ¡Vienes, me oyes? ¡Ah! en mis brazos  
Ven á caer, donde mi amor te espera!...  
¡Ay de mí! ni tu sombra á mis abrazos  
La sorda muerte volverá siquiera!...

.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....

¡Cuántos nuevos dolores me han herido!  
¡Cuánto tiempo ha pasado!  
Desde que así con descompuesto acento,  
Mi corazón del tuyo desunido,  
En desgarrada queja hería el viento,  
Amigo malogrado!

Hoy de aquel velador querido al lado,  
Que era nuestro bufete y nuestra mesa,  
Cual tantas veces con pereza escribo,

Por ver si acaso en los recuerdos vivo,  
Ya que el vivir del día de hoy me pesa.

Este es el velador aquel, testigo  
De nuestras largas íntimas veladas,  
Continuación del fiel diálogo amigo,  
Interminable y loco, alegre ó triste.  
Que mil veces nos trajo á la memoria,  
Aquel continuo hablar en las posadas,  
En aire y fuego y agua, heridos, sanos,  
De aquellos dos en la locura hermanos  
Héroes que añadió el divino chiste  
Del buen Cervantes á la humana historia.

Y cuántas veces, súbito se armaba  
En mesa el velador, y los papeles  
Sucios de prosa y verso se mudaba,  
Por ponerse blanquísimo manteles.

Y seguía la plática, sabrosa  
Mas aun que la cena improvisada,  
Cuanto menos formal, mas cariñosa;  
Entre nosotros dos, la mesa amada.

Y el recuerdo fijábase en ella,  
Y decíamos tristes: ¡algun día,  
Lámpara y mesa, amor y compañía  
Separe acaso nuestra inquieta estrella!

Mas nunca este recuerdo de ternura  
Saldrá del corazón! ¡Ojalá el cielo  
No le convierta en llanto y amargura  
Y en solitario duelo!

¡En duelo solitario!... así me inclino  
Sobre el querido velador ahora,  
Sin comprender mi vida y al destino,  
Dejando urdirme un mal entre hora y hora!

¡El bálsamo del tiempo no me cura!  
La herida está ahí abierta, pero fría.  
Ah! dure siempre!... mientras ella dura  
Siente algo el alma inanimada mía!

Esta alma que agotó su sentimiento,  
En resistir al terco y necio y crudo  
Azote de la suerte violento,  
Manchado de un veneno en cada nudo,  
Que hoy en silencio mudo,  
Si llora, no se queja,  
Y al mundo tal cual es, de muerte y vida  
Mezcla desconocida,  
Seguir su marcha indiferente deja.

¡Muerte impotente! ¡guarda, guarda en calma,  
Lo que tú no animaste! aquí en la tierra  
Esa es la ley! engendra y crea el alma,  
Y un cuerpo vil acopia y tiene y cierra!

¡Y á tí, chispa entre nieblas, pobre brasa  
Que relumbra entre lodo,  
Principio á medias de un escaso todo,  
Vida!... yo te respeto;  
Maldije un día de tu lumbre escasa,  
Mas hoy por fin, en mi fastidio quieto,  
Tu luz me basta de cualquiera modo.

Voy á vivir: mas quiero  
Vivir aun de mi pasada vida,  
Que el alma mía pierda, mas no olvida  
Lo que ha amado primero!

La triste, enamorada  
Estuvo de la ingente poesía,  
Que en el amigo corazón ardía,  
Que hoy calla en la morada,  
Donde la muerte le ha encerrado un día.

Mas no calla en mi mente, á la miseria  
Del sepulcro le roba,  
Y en su divino vuelo,  
Dejando al mundo su infeliz materia,



Halla aquel pensamiento que la arroba,  
Y con él vive en el vivir del cielo.

¡Si muere la esperanza  
Para el cobarde cuerpo y si vacila,

A la imagen de Dios jamás alcanza  
En su grandiosa eternidad tranquila  
Y en su vida de espíritu, mudanza!

(Continuará).

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.



LA CONCEPCION DE LA VIRGEN,

Cuadro de Murillo.

Nuestro grabado es una bella copia de ese famoso cuadro que el mariscal Soult se llevó de España entre la multitud de importantes y conocidas adquisiciones que hizo en este país, casi africano según los franceses.

La imagen mística y graciosa de María aparece radiante en el cielo, en medio de una nube de ángeles y querubines; este lienzo es considerado por muchos, no solo como la obra maestra de Murillo, sino como uno de los primeros cuadros del mundo.

Sabido es con qué empeño se ha disputado esta alhaja, cuando la muerte de Soult ocasionó una venta de la colección de cuadros, la mayor parte pertenecientes á España, que formaban su galería; harto

ha dado que hablar esta joya, que todas las naciones se han disputado; decimos mal, no todas: España con su habitual indiferencia ha sido la que no se ha curado de adquirir este cuadro, que malamente perdió. Basten pues estas pocas líneas para acompañar al grabado que hoy estampamos. Hay cosas que no pueden ni aun indicarse sin que la vergüenza asome al rostro de todo el que tenga algún amor á las cosas de su país, y la Concepcion de Murillo es una de ellas.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.